

The Calvimackenn Journal of Infeccious Chacharalata y otras revistas olvidadas

The Calvimacken Journal of Infectious Boring- chatter, and other forgotten magazines

Walter Ledermann Dehnhardt¹

¹Centro de Estudios Humanistas Julio Prado.

Recibido: 27 de agosto de 2025

Resumen

El autor, tras recordar *El Enteropatógeno*, una revista supuestamente escrita por bacterias aparecida en el Instituto Bacteriológico de Chile, presenta los antecedentes y el desarrollo de un periódico satírico, de circulación limitada, que entre 1972 y 1989 deleitó a los médicos del Hospital Luis Calvo Mackenna, seleccionando cinco textos que denunciaban una confusa clasificación de las hepatitis virales, así como el abuso de algunos métodos de diagnóstico y de tratamiento. Otras revistas circularon después en ese hospital, que en parte perpetuaron la sátira, destacando *Calvomackenna*, *Medicina y Cirugía del Niño*, una seria revista científica que tuvo una corta vida de cinco años, así como *Danielillo*, una hoja escrita en verso que apareció durante una década en la cartelera del Servicio de Pediatría.

Palabras clave: El Enteropatógeno; The Calvimackenn Journal of Infeccious Chacharalata; Calvomackenna; Danielillo.

Abstract

The author, after recalling *El Enteropatógeno*, a magazine supposedly written by bacteria that appeared at the Bacteriological Institute of Chile, presents the background and development of a satirical newspaper of limited circulation, which between 1972 and 1989 delighted the doctors of the Luis Calvo Mackenna Hospital, selecting five texts that denounced a confusing classification of viral hepatitis, as well as the abuse of some diagnostic and treatment methods. Other magazines later circulated in that hospital, which in part perpetuated the satire, including also *Calvomackenna*, *Medicina y Cirugía del Niño*, a serious scientific journal that had a short life of five years, as well as *Little Daniel*, a page written in verse that appeared for a decade on the Pediatrics Department bulletin board.

Keywords: The Enteropathogenic; The Calvimackenn Journal of Infeccious Boring-chatter; Calvomackenna; Little Daniel.

Antecedentes: El Enteropatógeno.

Egresé de la escuela de medicina en 1963 creyendo absolutamente necesario incluir el buen humor no sólo como parte indispensable de la terapéutica sino de todo el quehacer médico. Contratado en el Instituto Bacteriológico de Chile, nada tenía que hacer con aquella, de modo que si edité y publiqué una revista satírica fue sólo para entretener a mis colegas y alejarlos por un momento del microscopio; mas, por desgracia, mi idea no fue entendida y abandoné mi empresa con este agrio comentario:

“Esta publicación, supuestamente escrita por bacterias, no fue comprendida en el Instituto Bacteriológico, dado el bajo nivel cultural de sus profesionales. Si llega a otras mentes, entenderé que no ha sido un desperdicio de tiempo ni de habilidad”.

Correspondencia a:

Walter Ledermann Dehnhardt
oncemayor@gmail.com

La revista era dirigida por el “*Bacterio anónimo del Locus 7*” y escrita por bacterias especialistas en “humanología”, quienes nos llamaban “los grandes huéspedes multicelulares”, presentando a los médicos “envueltos en sus blancas cutículas sobre su pared celular y espíándonos a través de sus grandes binoculares”. Algunos de sus artículos han sobrevivido al tiempo gracias a su reproducción en esta revista^{1,2}. Ellos tratan de “la guerra que se nos hace con las secreciones tóxicas de los hongos velludos”, de una “epidemia de *mujeriosis* en una comunidad de *Listeria*”, de las “encíclicas del Papa *Salmonella* San Juan XXIII”, etc, para concluir con una frase lapidaria: “*Nos observan, pero no nos ven*”.

Haciendo un aparte, debo confesar que esta manía mía de escribir revistas me nació en 1948, a los diez años de edad, al publicar en casa un breve pasquín manuscrito llamado “El chico Leder”, que fue

cambiando del nombre y haciéndose muy crítico de las situaciones familiares, para terminar como un “periódico de oposición”, agudo y venenoso, denominado El Criticón y que El Estetoscopio ha salvado del olvido³. También dirigí revistas serias, científicas y graves, que ya no existen, avalando la frase clásica *sic transit gloria mundi*... ¿Cuáles fueron éstas? El Boletín del Instituto Bacteriológico de Chile, que se me encargó revivir luego de años de silencio, y la Revista Calvomackenna, que se me encargó dar a luz y alimentar.

La pequeña historia del Calvimacken

Así como hay una gran historia, majestuosa y severa (aunque muchas veces errónea), existe también una pequeña historia, de hechos minúsculos, más bien anecdóticos, locales y hasta familiares, pero que logran interesar e incluso motivar a muchos. La vida de una revista, ora cómica ora científica, que circuló por varios años en el Hospital Luis Calvo Mackenna y que más de una vez forzó algunos cambios de conducta, contó con el apoyo y la colaboración de varios infectólogos y pediatras: unos colaboraron y otros la leyeron y la celebraron, incentivándome todos a continuar. Como dice Hipócrates que “la vida es corta, el camino largo, la ocasión incierta, falaces las experiencias y el juicio difícil”, a veces es imperativo cambiar, y la revista ayudó —quiero creerlo— a cambiar algunas experiencias o prácticas que he seleccionado como más ilustrativas.

Pero antes debo explicar la estructura del *Calvimacken Journal of Infectious Chacharalata*. Los hechos analizados ocurrían en un pequeño país llamado *Principado de Shili*, situado en los Himalayas, en el Hospital Kalvi Mashenga, nosocomio que contaba con un staff tan internacional como el *Editorial Commitee*: Herr Professor Walter Ledermann Dehnhardt, Privatdocent an der Universität Raska (a veces en el *Infectious Diseases Center, Varas Boulevard*); Proffesseur Guillaume Hommedecuir, Hôtel Dieu a Paris; Doctor Will Leatherman, Buckingham Palace at London (también como M.D. British Staff, Kilvi-Mashenga Hospital, P. de Shili); Doctor Gualterio Hombre de Cuero, Profesor de Filosofía Orgánica, Universidad de Salamanca, Spain; Commendatore Gualtiero Uomo Di Cuoio, Nossocomi degli Piccoli Uomini, Grottaferrata, Italy; Billy Mac Ledesma, M.D, Ph. D., University of Buffalo Creek, Utah. La revista aparecía cada dos meses, en dos ejemplares impresos en Olivetti Studio 45 y luego Olivetti Lettera 25, Amado Nervio, Touvalave de La Reina, San Yago del Huemulistán (nombre autóctono del Principado), que circulaban entre los médicos del staff y los becados, pasando de mano en mano. Su existencia duró entre los años 1972 y 1989 con 45 números.

Alcanzó la celebridad al ser citada en reunión clínica como “pasquín” por Jorge Howard Brown: desde entonces el *Journal* fue todo un clásico y un par de sus artículos fueron leídos por Antonio Banfi, Jefe del Servicio de Pediatría en reuniones clínicas y entregas de turno. Todos los médicos citados o comentados en el Calvimacken llevaban nombres traducidos a lenguas extranjeras, de modo que Jaime Cordero era James Moutton, Patricio Olivos el Patriarca Olivetto, Eugenio Amenábar el Grand Patron Amenaveur, Antonio Banfi aparecía como Antoine Van Phiel o Banfield, José Zacarías era el Profesor Zaq, el Dr. Del Río se llamaba Fromtheriver, Domingo Vicuña era Dimanche Alpaca, Ernesto Guiraldes era Monseñor Giro De Aldes, Obispo De Celiakia, *and so on*. Y basta de cháchara: vayamos a los ejemplos.

I. La clasificación críptica de las hepatitis.

Dres. G. Ledermann y W. Ledermann.

No. 1, june 1970

Brinck y Zac, vale decir los hepatólogos Brinck y Zacarías, trabajando duro en hepatitis A, habían llegado a una compleja clasificación de sus formas de presentación, que enredaba a los estudiantes y a los médicos. El Calvimacken no la destrozó con este solo artículo: se necesitarían otros dos más antes que el profesor Zacarías recapacitara y la cambiara por una más práctica. ¿Qué decía mi artículo?

Tenemos el mayor respeto por el selecto equipo de Zacarías, Brinck el all. y ni en broma pondríamos en duda su sapiencia en el campo de la hepatología, lo que nos lleva suponer que nuestra incapacidad para entender la clasificación de las hepatitis obedece, probablemente, a alguna aberración cromosómica heredada de nuestros ancestros helvéticos. En efecto, en numerosas oportunidades, ya sea en reunión clínica, puestas al día o simples charlas de pasillo, hemos escuchado extensas, claras y razonables explicaciones de la célebre clasificación y cada vez entendemos menos.

Está claro que hay hepatitis agudas y crónicas. Pero hasta ahí llegamos, porque luego resulta que las agudas pueden ser cortas o prolongadas, pero a su vez las prolongadas pueden ser crónicas. Rehusamos siquiera entrar a discutir la nomenclatura de las subagudas, que dicen se dividen en subagudas agudas y subagudas crónicas.

El verdadero problema está en la expresión de gravedad, donde en una gradiente tenemos leves, moderadas y graves, de las cuales cada una puede ser benigna o maligna. Que una hepatitis grave pueda tener mal pronóstico está claro, pero que sea grave y benigna está más oscuro. ¿Y acaso no suena raro hablar de hepatitis leve maligna?

No nos apresuremos: la verdadera complicación todavía no empieza. Es preciso combinar gravedad con duración, donde tenemos hepatitis leve benigna crónica

y hepatitis grave benigna crónica... en fase aguda. A su vez, hay hepatitis agudas moderadas no benignas, que son ligeramente crónicas.

No hemos terminado, pues hay todavía un nuevo concepto, independiente del tiempo y de la gravedad: el concepto de intensidad, cuya introducción crea el verdadero caos, porque una hepatitis intensa no es necesariamente grave, pero... ¿cómo se puede mencionar – no digo ya entender – el diagnóstico de hepatitis aguda leve intensa benigna, o el de hepatitis crónica grave pero no intensa ni benigna?

Estimados lectores: si hasta aquí, a mitad del artículo, estábamos en medio de un completo caos, el resto se va complicando cuando una hepatitis leve, pero intensa, aunque no obligadamente maligna, puede evolucionar al coma hepático... Se combina este coma con todas las formas anteriores y queda la crema. En el número 6, bajo el título de *Estamos desesperados*, el Comité Mondiale Straordinario della Hepatitis, reunido de urgencia intentando arreglar el enredo, lo profundiza. Por motivos de espacio, corto aquí el tema, para pasar al mal uso de la reacción de Widal.

II. A caballo contra el Widal.

Prof. Guillaume Hommedecüir,

Hôtel Dieu, París, No. 4, 10 de abril 1976

En los años setenta la situación epidemiológica de la tifoidea en Chile era vergonzosa, con decenas de miles de casos al año, siendo Santiago considerada una de las capitales más inmundas del globo. Pese a todas las clases que hacíamos a lo largo del país, los médicos de atención primaria no hospitalizaban ningún caso si no tenía un “Widal positivo” y jamás solicitaban hemocultivos. En un extracto de este artículo, el Prof. Hommedecüir, el Hôtel Dieu, París, aborda enérgicamente el tema.

Odio el Widal, abomino de él y lo recuerdo en mis maldiciones. ¡Es preciso emprender una cruzada a caballo, a caballo contra el Widal, altas las lanzas y rebosantes de odio los corazones! ¿Han visto alguna vez, derrumbado en un escaño, apoyado en una muralla del hospital o vomitando en las escaleras, a un pobre niño diez días febril, colgándole el bazo bajo el reborde costal, saburral y seca la lengua, decorado el tórax con roséolas? Ese niño espera el Widal solicitado en el Servicio de Urgencia para decidir su hospitalización. ¡El salvador Widal, quiera el azar que salga positivo!

*El azar, el simple y puro azar. Una criatura con hemocultivo positivo con *S. typhi* con toda seguridad tendrá un Widal negativo o, a lo sumo, un positivo paratyphi b 1:200... En la experiencia que hicimos con Uwe Sorensen sobre inmunidad local en tifoidea, ni la mitad de los niños con hemocultivo positivo tenían títulos de aglutinación,*

en tres determinaciones seriadas. Y en cuanto a los títulos positivos, éstos variaban enormemente entre tres laboratorios “particulares”. ¡Nada, nada, a caballo contra el Widal! ¿Desconozco el valor de una reacción centenaria? Sí, la desconozco y la maldigo. Aun bien hecha, qué demuestra: que hay aglutininas por puro azar y, en ese caso, bienvenidas sean, apoyarán nuestro diagnóstico. ¿Y si no? ¿Acaso conocemos la respuesta inmunitaria en el tubo digestivo, que es la importante? La ignoramos. Y ahora, pensemos que las reacciones mal hechas son mayoría, que contados centros hacen un buen Widal. ¿Saben cómo se hace en los laboratorios “particulares” que los legos suponen trabajando mejor que los hospitalarios? ¡Ay, la leyenda dorada, el “médico particular”! Para ahorrar dinero y tiempo, se hace en lámina, a ojo y con antígeno diseñado para diluciones en tubo.

¿Qué hacemos sin el Widal mientras esperamos por el hemocultivo? El hemograma es lo más característico, regular e inequívoco, mejor aun si la VHS es relativamente baja. Me dirán que el hemograma es dudoso, pero no lo es: el dudoso es el médico. Por último, prefiero mirar la orina, atisbar el iris, consultar a Yamilet o mandar el enfermo a Terapia Intensiva. ¿Qué estoy insinuando una relación entre una pitonisa y Terapia? Sólo una: que mientras Yamilet impone su mano, Terapia impone el manitol. Pero no nos desviemos el tema, agarre su bestia y vamos... ¡a caballo, a caballo contra el Widal!

Mis objetores se alejan meditabundos, mientras ruedan por las escaleras cuatro niños que, en ayunas, esperan la reacción milagrosa que les abrirá las puertas de la Posta... o del cielo.

III. La cofradía del manitol.

De Cuero, Hombre, Universidad de Salamanca.

No. 9, July 1977

La UTI o UCI comenzó a abusar del manitol, que no sólo se utilizaba en las meningitis para evitar la hipertensión endocraneana, sino para muchas otras emergencias. El Calvimacken imaginó este accionar como el de una cofradía fanática.

La pequeña víctima, una rubia niña de unos siete años, se hallaba inmovilizada e indefensa sobre el blanco altar del sacrificio, gimiendo débilmente. Gomosas amarras iban desde sus brazos exangües hacia los postes de tortura, sobre los que campeaban rojas vejigas llenas de sangre, en tanto que ataduras de gasa fijaban sus piernas y sus manos.

Frente a ella, envueltos en sus albas túnicas, los sacerdotes del culto la observaban cuidadosamente, comentando con frases breves y a menudo inconclusas. De pronto enfureció el rostro del patriarca, refulgentes los ojos de fría decisión, y los discípulos, comprendiendo que

el momento había llegado, lo rodearon ansiosos, hasta que brotó de sus labios la palabra mágica:

-- ¡Manitol!

-- ¡Manitol, manitol! – corearon todos sordamente, dando comienzo al terrible ritual, y el Primer Discípulo se adelantó un paso y escribió sobre la hoja sagrada la Palabra, valiéndose de un estilete ensangrentado.. ¡con sangre azul!

-- Adelante, dijo el Patriarca a la Sacerdotisa Madre.

Acercóse ella. Vestía también de blanco y sus cabellos estaban coronados por una tiara cruzada con una línea negra. En su mano brillaba la terrible aguja del sacrificio... Solemne momento aquél; no fui capaz de mirar más... ¿O, Dios, que horribles ritos son los que se celebra la Cofradía del Manitol?

Ahora, cuarenta y ocho años después, reconozco, con supremo espanto, que se me pasó la mano, el tejo y me pregunto cómo no me mataron. La Sacerdotisa Madre sería siempre así llamada por todos y me odiaría a muerte. Perseverando en el error, dos veces más escribí sobre la Cofradía, sin necesidad, pues el tiempo se encargaría de hacerla desaparecer. Primero en De cómo indiqué mi primer manitol, narré como Moutton me humilló al instruirme, echándome por el cuello unas heladas gotas de manitol; y en el segundo comenté la doble apostasía del Patriarca, al querer cambiar el ídolo por el sermión (nicergolina), Dios etrusco de la medicina, y luego con el tiopental, fracasando con ambas drogas. La historia termina con unos versos:

*Si con manitol no orina,
deje de lado la duda y póngale tiopental.
Y si el tiopental le falla y el enfermo convulsiona
llame rápido a Moutton y métale manitol.*

IV. La Cofradía del Astrup.

**Walter Lederman, Infectious Diseases Center,
Varas Boulevard, Providencia, No. 36,
September 1985**

Varios años pasaron antes que surgiera una cofradía –¿o debiera decir fiebre, insania, moda? –como la del manitol y ésta fue la del astrup. “Astrup (dice la wiki) desarrolló este *analyse* en Copenhagen en los años 50 durante una devastadora epidemia de polio en la cual murieron varios pacientes en ventilación mecánica. Antes de su invención, la medición de la presión de CO₂ en sangre dependía de largas técnicas de extracción en vacío: Astrup desarrolló un aparato sencillo, rápido y seguro, reduciendo la mortalidad del 90 al 25 por ciento durante la epidemia. Su facilidad y rapidez, al ser implantada en el Servicio de Cardiovascular, deslumbró a los utiólogos y chorreó a los becados, que la adoptaron utilizaron cual comodín: los “gases en sangre”. Veamos qué escribí entonces:

En un remoto país, perdido entre las montañas del Himálayas, conocido como el Principado de Shili, existe un curioso nosocomio infantil fundado por la colonia inglesa residente: el Kilvi-Mashenga. En un comienzo manejado por maestros británicos, como MacKenna y Howard, hoy es regido por un porfiado nativo conocido como el Ayatollah, quien ha introducido una serie de protocolos y normas terapéuticas, destinados a contener y normar peligrosas iniciativas de los médicos matutinos. Tarea inútil, pues quienes controlan el hospital la mayor parte del día y de la noche son los “bekhados”, una secta de jóvenes (y a veces no tan jóvenes) iniciados, agrupados en la “Cofradía del Astrup”.

En las tardes y en las noches estos jóvenes, en teoría en periodo de aprendizaje, desarrollan una serie de prácticas oscuras: la atención del paro, que en realidad es... ¡horror! .. la resucitación de los muertos; la intubación, la exsanguinotransfusión, la siembra nocturna, la visión bicolor del Gram... ¡Misterios, profundos misterios, que escapan a la imaginación! Pero lo que constituye su sello distintivo característico es un ejercicio espiritual llamado “la interpretación del Astrup”, un ser mitológico que mora en las cuevas de Cardiovasculorum y que, de tiempo en tiempo y a cualquier hora, emite oráculos sobre el devenir de los enfermitos. Suele verse en las noches a dos o tres iniciados cavilosos en torno a un papelito roñoso que contiene el oráculo, mientras el lactante, risueño y rosado, les saca la lengüita desde la cuna.

Según investigadores avanzados, existirían dos oráculos, vale decir dos Astrup en el Kilvi; uno es que nunca descansa y emite profecías a cualquier hora de la noche y que mora en las cuevas mencionadas; y otro, que trabaja sólo de día y vive en las llanuras de Biokimikaland. Como era de esperar, ambos oráculos nunca están de acuerdo, pero al cabo de un año de trabajar con ellos, los bekhados aprenden a relacionarlos y sacar un término medio.

Todo enfermo, sin importar su edad, sexo, patología, gravedad o condición social, tiene, no más entrando al hospital, asegurado su Astrup, que se pega en lugar destacado en su ficha clínica, teniendo debajo escrita su solemne interpretación. A veces ésta es tan agorera, que el bekhado, espantado de sí mismo, torna la vista hacia el niño, y viéndolo tan feliz y ajeno a los males de este mundo, se atreve a estampar un comentario sacrilego: “el Astrup no es confiable”.

Y entonces truena en los cielos y un viento tempestuoso barre las troneras del Kilvi-Mashenga.

No fue necesario volver sobre el tema, porque la cordura reapareció entre los broncopulmonares del staff, primero, y luego en el Servicio y Urgencia y en la UTI. En cuanto a mí, nunca lo entendí ni lo solicité, bastándome mirar a un niño azulito y jadeante para saber que estaba

malito y necesitaba atención urgente; por ello, bekhados de entonces todavía siguen calificándome de ignorante... ¡es que el Calvimacken sacaba roncha!

V. Definiciones en el campo nutricional (No. 44, abril 1989)

Billy Mac Ledesma, de la University of Buffalo Creek, Utah, publicó este sarcástico artículo con seis dibujos originales y sin texto alguno, burlándose de una terminología que costó mucho erradicar. ¿Se imaginan la existencia de “vómitos alimentarios”, es decir, que alimentan y nutren? ¡Y qué decir de las leches “maternizadas” que empezó a promocionar la industria farmacéutica! Dos sencillos dibujos de Billy pusieron estas definiciones por el suelo (Figuras 1 y 2).

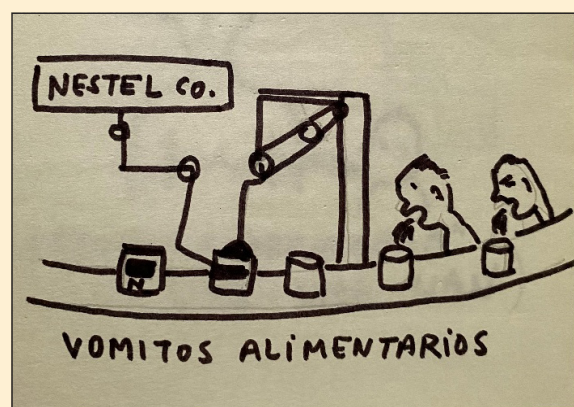


Figura 1. Elaboración industrial de vómitos alimentarios.



Figura 2. Leche maternizada, hecha a semejanza de la materna: Se inyecta en la oreja de la madre y sale por su pezón.

Fin del Calvimacken

En Octubre de 1985, cumplidos 15 años de vida, apareció el número 45 y último de esta curiosa revista. “Fatiga de material” y desánimo ante la situación del país, me hicieron dudar de la utilidad de su publicación. En “*El último saludo sobre el escenario*”, Billy Mac Ledesma dice: *Nos vamos. Volvemos a la región de donde vinimos, allá donde no pueden alcanzarnos, a las regiones del espíritu, que le son desconocidas a nuestros depredadores y enemigos naturales, porque como algunos animales silvestres (silvestres y no salvajes) no podemos vivir en cautiverio.*

Hubo, sin embargo, una suerte de prolongación a través de la página de humor de *El Calvito*, un pasquín dirigido por Osvaldo Artaza, Director del Hospital, que él mismo definía como *Periódico de circulación interna, pobrísimos pero muy honrado*. Se publicó entre 1994 y 1998. Allí pude ejercer mis críticas libremente, sin limitarme a los temas médicos y con una difusión mucho mayor, pues se distribuía gratis entre todo el personal; además, las magníficas ilustraciones de *Polo* daban gran fuerza a mis ideas. Ya en el siglo XXI, utilicé para la columna “Humor” del magazine “*El Estetoscopio*” de la Sociedad Chilena de Pediatría, algunos artículos de antiguos números del Calvimacken, convenientemente remozados y corregidos... hasta el día de hoy. También ha tenido dicha revista la gentileza de reproducir *in extenso* el dramático *Caso de John Charles White*⁴.

En una labor mucho más importante, trabajé en una idea de Antonio Banfi, Jefe del Servicio de Pediatría: editar, con el apoyo económico de Laboratorio Pfizer, una revista médica propia del hospital, para cuyo nombre varios propusieron “*El Calvimacken*”, que finalmente y gracias a mi oposición, quedó en “*Calvomackenna, Medicina y Cirugía el Niño*”.

Calvomackenna. Medicina y Cirugía del Niño

Impresa y distribuida entre profesionales de la salud y universidades por Laboratorio Pfizer, duró cinco años, entre 1992 y 1996, gracias a mi solitario esfuerzo y el sacrificio del Sr. Pavon, de dicho laboratorio. Me fueron asignados los doctores Pedro Herskovic como Editor Asociado y como Editores Asistentes, los jóvenes María Elena Santolaya y José Antonio Valenzuela, quienes deberían, en palabras de Antonio Banfi, buscar y “corretear a los médicos para publicar”, evitándome ese agotador trabajo. Como los chilenos nunca dicen no, porque lo estiman rudo y de mala educación, el primero, que estaba en total desacuerdo con la idea dijo que sí, y no sólo no colaboró en lo más mínimo, sino se esforzó

en desanimarme, y cuando le imploré ayuda diciéndole que la revista estaba muriendo, replicó:

-- ¡Qué bueno, Walter!

Y los jóvenes entusiastas brillaron por su ausencia, de modo que yo fui escribiendo casi todo: puestas al día, transcripciones de las reuniones clínicas, trabajos originales y hasta resucité a Billy Mac Ledesma para una página de humor. En el primer editorial expuse el propósito de esta revista: al releerlo ahora me dan ganas de llorar.

Propósito en los 50 años del Hospital Calvo Mackenna

Con alguna frecuencia el hombre suele acuñar en aforismos las que estima verdades decantadas a través de la historia.

Uno de ellos expresa que los hombres pasan y las instituciones permanecen y, como tantos otros, de tanto repetirse impensadamente, termina por perder o equivocar su significado. Que los hombres son transitorios y pasan sicut nubibus, quasi naves, velut umbrae (como las nubes, como las naves, como las sombras) está claro para todos nosotros, aunque quisiéramos olvidarlo. Pero... ¿las instituciones? ¿Nos referimos con ellas a los edificios, a los nombres, a sus reglamentos y estatutos? Si así fuera, el aforismo estaría vacío y sin sentido. Las instituciones son, en cada determinado momento, los hombres que la integran, en tanto ellos permanezcan ligados a sus antecesores por una comunidad de pensamiento, una línea de acción y un sentido de trascendencia; así expresada, la institución es el espíritu de sus hombres y no la masa de sus instalaciones y reglamentos.

Algunos lo llaman tradición.

El Hospital Luis Calvo Mackenna tiene una. Sería soberbia decir que es un espíritu de excelencia y más realista enunciarlo como uno de superación que, con legítima y humana ambición profesional, sueña con la excelencia.

Una tradición basada, más que en el respeto a nuestras bien establecidas normas, en un criterio – similar y compartido por todos nosotros – frente a cada situación o patología, esto es, en una comunidad de pensamiento.

Quisiéramos compartirla; comenzaremos por difundirla⁵.

Con un promedio de dos números por año fueron 12 en 5 años. En el último, dos artículos estaban escritos por Antonio Banfi, uno por alumnos del tercer año de Medicina Universidad de Chile... ¡y cinco por mí! ¡Si hasta tuve que ir a la imprenta con los originales, allá por Vivaceta! El señor Pavon salió de Pfizer y el Laboratorio se desentendió del asunto. Por años la Universidad de Concepción siguió preguntando por ella.

Danielillo

Danielillo, publicación semanal en la cartelera del Servicio de Pediatría y más tarde enviada gratuitamente por e-mail a quien lo solicitara, estaba escrito en verso y contaba sólo con una página. Duró una década, desde el 2001 al 2010, con un total de 416 números, y abarcaba temas médicos y otros de actualidad, como teleseries, deportes, política, obituarios y de un *cuantuai*. Escrita bajo varios seudónimos, como Nicanor Mistral, Lope de Pega, Pablo Noduda, etc, más de una vez mereció réplicas de improvisados poetas. Su símbolo era a veces una estatuilla de *Daniela-like* con uniforme de la Universidad Católica y otras un burro; su lema: *periódico independiente y malvado, destinado a confundir a los médicos en deformación, es decir, a todos*. Su prolongada existencia, su variedad de temas y la celebridad alcanzada, lo hicieron muchísimo más importante e influyente que el mítico *Calvimacken Journal of Infectious Chacharalata*, con el cual siguen soñando y ponderado los viejos tercios médicos del nosocomio.

Noticia Microbiológica

¿Y la ciencia? Subvalorada, como lo fue la hojita informativa que repartía a todos los Jefes de Servicio y de Unidades lunes por medio. La publiqué cuando ejercía teóricamente como “consultor” en el Laboratorio de Microbiología, aunque en la práctica lo hacía todo, hasta las calificaciones. Terminó en enero de 2009, con este ácido resumen:

Un anciano infectólogo del Hospital Luis Calvo Mackenna, con una intensiva formación microbiológica en el antiguo Instituto Bacteriológico de Chile, tras jubilar el año 2006, aceptó un año después un contrato leonino como consultor en el Laboratorio de Microbiología del mismo nosocomio, con un horario mínimo y un sueldo exiguo, en el sótano, sin oficina y baño a una versta (1.066, 8 m.) de distancia, problemas menores éstos que resolvió con oportunismo e ingenio. Permaneció en funciones cuatro años, entre el 2007 y el 2010; rejuvenecido por su reencuentro con la biología de los seres minúsculos que le eran tan caros, redactó apuntes para los médicos becarios de pediatría, infectología y microbiología, que pasaban por el laboratorio; confeccionó toda clase de manuales de procedimiento y, last but not least, editó una revista quincenal de una página, que repartía a todas las jefaturas médicas. Como décadas antes, siendo jefe de dicha repartición hubiera visto fracasar un intento similar, esta vez utilizó un anzuelo para que leyese esta “Noticia Microbiológica”, adoptando el estilo periodístico que se nutre del sensacionalismo, con títulos llamativos

y amenazantes, un lenguaje ameno y coloquial y hasta algunos chistes burdos.

Tras un breve éxito inicial, causado por la novedad, pronto observó que no la leía nadie, ni los infectólogos, salvo el Jefe de Pediatría, quien solía comentarla en reunión clínica, e inesperadamente el Jefe de Cirugía, que reclamaba cuando no le llegaba. Como una somera encuesta verbal demostrara a su autor que estaba perdiendo el tiempo, cesó la publicación al término del segundo año, cuando ya había publicado 40 números, y prefirió comunicar sus hallazgos en reuniones de la Unidad de Infectología. Con tristeza se confirmaban sus peores temores: los médicos son en su mayoría analfabetos y sólo leen, por obligación, papers, que así los llaman estos colonos norteamericanos.

Revisando ahora estas noticias, entre curiosas y alarmantes, que mostraban la aparición o el auge de distintas especies microbianas, constato que algunas se confirmaron en el tiempo y otras fueron voladores de luces. Viendo lo que ha pasado en el mundo con un virus tan corriente e inofensivo como el coronavirus, devenido en monstruo, he rescatado la memoria de un puñado de estas amenazas para tenerlas en cuenta, en la firme creencia que la historia es una cosa viva y cambiante y que de nada sirve escribirla cuando ya todo ha pasado y

es inútil llorar sobre la leche derramada, como hiciera la lechera de la fábula. Recordé también a don Gerardo Meyerstein, un colega alemán víctima de la segunda guerra mundial, que trabajara por años en nuestra Unidad de Infecciosos, quien solía levantar un largo y huesudo índice y amenazar:

-- Un día volverá al mundo la difteria generando una terrible pandemia.

Cerca anduvo con el SARS CoV2, que compite con el bacilo de Loeffler por el locus faríngeo.

Referencias bibliográficas

1. Ledermann W. Si las bacterias publicaran. Anecdótico. Rev Chile Infectol 2012; 29 (6):677.
2. Ledermann W. Thomas Mann y las enfermedades infecciosas en la primera mitad del siglo XX. Parte I .Rev Chile Infectol 2019; 36 (2): 190-194; Parte 2 ibid en 36 (3): 333-337.
3. Ledermann, W. El Criticón, periódico de oposición. En: Haciendo de la pediatría un verbo. El Estetoscopio, Edición especial de aniversario, 2017: 15 (90): 15-17.
4. Ledermann, W. El caso de John Charles White. El Estetoscopio 2021; 19(4):20-26.
5. Ledermann, W. Propósito en los 50 años del Hospital Calvo Mackenna. Calvomackenna, Medicina y Cirugía del Niño. 1992; 1 (1): 3.